

OFRENDA POÉTICA A D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

CARMEN FERNÁNDEZ ARIZA
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

Excmo. Sr. Director, Ilmos. Sres. Académicos, Ilmas. Autoridades civiles, militares y religiosas, amigos, familia.

Mis agradecimientos más sinceros por recaer en mí este año el honor de realizar la ofrenda poética a don Luis de Góngora y Argote. En primer lugar le doy las gracias a los Ilmos. Sres. don Manuel Gahete y don Antonio Cruz Casado que en calidad de Director y Secretario del Instituto de Estudios Gongorinos me propusieron como oferente, agradezco también a la Junta Rectora de la Real Academia de Córdoba dirigida por el Excmo. Sr. don Joaquín Criado Costa que hizo suya la propuesta y la elevó a la sesión plenaria y a los señores académicos que la refrendaron para que en el CCCLXXXIII aniversario de la muerte de don Luis yo participara de una manera activa en la ceremonia.

Illuminada y alumbrada por los gongoristas Emilio Orozco y Antonio Gargano y con los pretéritos ecos de doña Luisa Revuelta, inolvidable profesora, me acerco respetuosa a los sonetos amorosos de don Luis intentando soslayar al máximo la carga intelectualizada que siempre aportan los escritos del egregio cordobés.

Decía Herrera en sus *Anotaciones* que “el soneto es la más hermosa composición y de mayor artificio y gracia de cuantas tiene la poesía española e italiana”. Primera razón para la elección de esta estructura métrica. La segunda razón que aducimos nos lleva a recordar que fueron compuestos a lo largo de más de cuarenta años, en ellos se vislumbra la evolución de la escritura de don Luis; es decir el soneto gongorino como piedra de toque para el estudio de toda la obra de nuestro vate. ¿Por qué hemos elegido para nuestra ofrenda los sonetos de amor y no los morales, los sacros, los satíricos, los heroicos, los dedicatorios o los fúnebres? Quizá por su estética manierista que los hacen más asequibles que otros textos. Decimos asequibles, no fáciles. Compuestos por un joven Góngora en ellos se muestran múltiples ecos de Ausonio, Virgilio, Petrarca, Bernardo y Torcuato Tasso y de nuestros Garcilaso y Herrera. El homenajeado se muestra en sus primeros poemas, los amorosos, como un manierista que transita hacia el Barroco.

Aunque compuestos en edad temprana, sus sonetos de amor son de una concepción poética compleja que gustan asociar el plano real descriptivo de la naturaleza con el mitológico que se interpone o subyace bajo él y el íntimo sentimiento amoroso. Toma su inspiración y materia poética no de la realidad, sino de los motivos literarios de la tradición renacentista, petrarquista y grecolatina.

Íntimos, pero sin demasiadas efusiones sentimentales, sintetizan el tema amoroso en escasos versos, a veces en sólo uno, cargando el contenido en veladas notas de melancolía, desengaño, dolor y pesimismo.

La capacidad magistral de Góngora para expresar con agudeza el tema del amor en la forma poética del soneto no excluye que se imbriquen y relacionen otros temas. Los celos, la belleza, la crueldad, la tristeza del poeta, la dulzura, la serenidad ante la muerte, la sensualidad, el amargo escepticismo, las diferencias sociales, la enfermedad, lo inalcanzable, el desengaño tratado humorísticamente, la piedad, la desolación, la ternura, la emoción, el dolor, la desolación, la angustia y por último citemos el *Carpe Diem*, tema tan querido por nuestro autor.

Espigando entre los sonetos de amor hemos elegido cuatro que aluden a la mujer templo sagrado, a la belleza de la dama, a la pasión amorosa y al *Carpe Diem*.

Acerquémonos al soneto en el que el joven Góngora compara el cuerpo de su amada con un templo sagrado. En él encontramos un regusto a la descripción de la belleza del *Cantar de los Cantares*. Estamos ante un texto con sentido religioso aunque con resonancias paganas.

De pura honestidad templo sagrado,
cuyo bello cimiento y gentil muro,
de blanco nácar y alabastro duro,
fue por divina mano fabricado;

pequeña puerta de coralpreciado,
claras lumbreras de mirar seguro,
que a la esmeralda fina el verde puro
habéis para viriles usurpado;

soberbio techo, cuyas cimbrias de oro
al claro Sol, en cuanto en torno gira,
ornan de luz, coronan de belleza;

ídolo bello a quien humilde adoro,
oye piadoso al que por ti suspira,
tus himnos canta, y tus virtudes reza.

Leamos el poema que más adelante será recogido por Aleixandre en su *Adolescencia*, en el que el vate cordobés pide al arroyo que retenga la imagen de la amada y no la deshaga llevándose tanta belleza a la profundidad del mar. Con anterioridad había compuesto un tema en cierta medida complementario en él la dama recoge flores y se trenza una corona para a continuación mirarse en el arroyo con ella ceñida en su cabeza.

¡Oh claro honor del líquido elemento,
dulce arroyuelo de luciente plata,
cuya agua entre la hierba se dilata
con regalado son y paso lento!,

pues la que por helar y arder me siento
 (mientras en ti se mira), Amor retrata
 de su rostro la nieve y la escarlata
 en tu tranquilo y blando movimiento,

vete como te vas; no dejes floja
 la undosa rienda al cristalino freno
 con que gobiernas tu veloz corriente;

que no es bien que confusamente acoja
 tanta belleza en su profundo seno
 el gran Señor del húmido tridente.

Prosigamos con la composición que relata una noche apasionada de amor que es interrumpida por la salida del sol. Soslaya las críticas que produjo este soneto aduciendo que fue un sueño.

Ya besando sus manos cristalinas,
 ya anudándome a su blanco y liso cuello,
 ya esparciendo por él aquel cabello
 que Amor sacó entre el oro de sus minas,

ya quebrando en aquellas perlas finas
 palabras dulces mil sin merecello,
 ya cogiendo de cada labio bello
 purpúreas rosas sin temor de espinas,

estaba, ¡oh claro Sol invidioso!,
 cuando tu luz, hiriéndome los ojos,
 mató mi gloria y acabó mi suerte.

Si el cielo ya no es menos poderoso,
 porque no den los tuyos más enojos,
 rayos, como a tu hijo, te den muerte.

Terminemos la ofrenda poética con la lectura de “Mientras por competir con tu cabello”. El tratamiento que hace del *Carpe Diem* produce una emoción de ascético desengaño de todo lo humano que nos hace olvidar la intención inicial, incitarnos a gozar de la juventud. El sentimiento de muerte y aniquilación en el verso final ahoga toda la belleza y brillo del comienzo. Poema amoroso con lección moral que une al poeta sensual con el poeta ascético. Su antecedente italianizante nos remite al soneto de Bernardo de Tasso:

Mentre che l'aureo crin v'ondeggia intorno
 a l'amplia fronte con leggiadro errore;
 mentre che di vermiglio e bel colore
 vifa la primavera il volto adorno;

mentre che v'apre il ciel più chiaro il giorno,
 cogliete ó giovenette il vago fiore
 di vostre più dolci anni; e con amore
 state soventein lieto e bel soggiorno.

Verrà poi il verno, che di blanca neve
 suol i poggi vestir, coprir la rosa,
 e la piagge tornar aride e meste.

Cogliete ah stolte il fior; ah siate preste,
 che fugaci son l'hore, e'l tempo lieve,
 e veloce a la fin corre ogni cosa.

Góngora sometió el poema de Tasso a una compleja labor textual que lo alejan de sus fuentes originarias y lo transforman en uno de los más bellos sonetos de nuestra lengua.

Mientras por competir con tu cabello,
 oro bruñido al Sol relumbra en vano;
 mientras con menosprecio en medio el llano
 mira tu blanca frente el lilio bello;

mientras a cada labio, por cogello,
 siguen más ojos que al clavel temprano,
 y mientras triunfa con desdén lozano
 del luciente cristal su gentil cuello;

goza cuello, cabello, labio frente,
 antes que lo que fue en tu edad dorada
 oro, lilio, clavel, cristal luciente,

no sólo en platas o viola troncada
 se vuelva, más tú y ello juntamente
 en tierra, en polvo, en humo, en sombra, en nada.

Para concluir recordemos las palabras de Federico García Lorca que decían “a Góngora no hay que leerlo, hay que estudiarlo”; yo parafraseando a un gran gongorista diría “a Góngora no hay que leerlo, hay que amarlo”.